

Crisis suprema

Si yo fuese rey... Ya antes de ahora creo haberlo dicho que si yo fuese rey no lo sería, o más bien, dejaría de serlo al punto. Pero si hubiese nacido y me hubiese criado siéndolo, ¡ah!, entonces no podría ser otra cosa. El que ha nacido perro no puede hacerse gato, ni el que ha nacido gato hacerse perro. Para uno o para otro, dejar de ser perro o gato equivale a suicidarse. Pero si yo no tuviese más remedio que ser rey; si la terrible fatalidad me lo impusiese y me pesara la fatídica irresponsabilidad, que es la cruz de la realeza, en ese caso despreciaría profundamente a los que amparándose en ella, para no dejarla al descubierto, se sacudieran su propia responsabilidad. Eso me pasaría a mí. Por esto es la fantasía más desatinada que cabe, porque yo soy un hombre y un hombre que se ha criado en la calle, por así decirlo. Y un hombre es un hombre y no un rey.

Suele decirse, en los momentos críticos de la historia de una Monarquía, si es el rey el culpable de los derrumbes y las catástrofes, o son los pollacos que le rodean. Tal en Grecia. Y cuando se dice los que le rodean, se quiere decir aquellos de que se rodea.

«Lo que hay que cambiar es de políticos—se oye decir—; hombres nuevos, hombres no gastados, y la Corona entrará por el aro.» Y hay, en cambio, quienes creen que mejor cambiarían las cosas con los mismos hombres viejos, pero sin la Corona encima, que no con otros y ésta. Aunque los que no supieron enfrentarla, mal pueden gobernar sin ella.

Y aquí, hoy, en España, hay que desengañarse; al punto que han llegado las cosas es ya imposible, completamente imposible, una situación francamente liberal y democrática. La crisis de la irresponsabilidad, que es la del régimen, no tiene ya remedio o se depuran todas, absolutamente todas las responsabilidades de la santiguada y de sus arrastres, y entonces se impone una reforma constitucional tal que equivoque a la anulación de las prerrogativas de la Corona, o no se depuran, y entonces se hace imposible, del todo imposible,

un Gobierno liberal y democrático. Y después de lo pasado, nadie creería, nadie puede creer en una conversión de la Corona; nadie creará, nadie puede creer en su continuación.

Los manejos íntimos son harto significativos: la algarada de los de Millán Astray y el empeño de echar la culpa del desastre a la acción de las Juntas de defensa del ejército. Todo se volvía hacer creer que si el desgraciado general F. Silvestre y su socio, llamémosle capitalista—el otro era el industrial—no se salvaron con la suya, se debió a cómo había puesto al ejército el espíritu de indisciplina incubado por las Juntas. Ese espíritu—hay quien lo dice—hizo de la carne de fusil carne de gallina.

¡Ah, si la santiguada llega a salir bien! ¡Si el pobre F. Silvestre se adueña de la costa de Alhucemas y ferreta a las huestes de Abd-el-Krim! Entonces sería una feliz iniciativa lo que ahora se trata de encubrir. Entonces sería un texto de gloria lo de aquel telegrama que decía: «¡Ole los nombres! ¡Así se hacen las cosas!»

La crisis actual, la crisis suprema, la crisis de la irresponsabilidad, la crisis del régimen, es a la vez la crisis de la veracidad y de la sinceridad. Sin veracidad, sin sinceridad, no se puede vivir una vida digna. Vivir del embustes es un vilipendio.

¿Cómo se resolverá esta crisis? ¡Y quién lo sabe...! Acaso hundiéndose más aún en la abyección moral de la actual política.

¿Y un rasgo de noble dignidad, un «yo pequé» público y solemne, una confesión de culpas? Que traición, ¡claro!, la penitencia condigna. Eso no lo esperamos ya. Hay fatalidades terribles, y una de las más terribles es la de no poder uno arrepentirse públicamente; la de no poder conducirse en hombre.

Es triste, es triste, muy triste, esto de haber perdido la esperanza de ver un acto noble, digno, humano, verdaderamente humano.

Está acabándose este año de desgracia de 1922, y se acaba del modo más lamentable. Y en tanto, este pueblo parece acorchado.

¡Dan ganas de volverse imbécil!

Miguel DE UNAMUNO

